

quezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión» (13).

* * *

La negativa a mentir sobre lo que sabemos. La resistencia a la opresión. A cualquier opresión. En estos dos postulados de la moral de Albert Camus se puede resumir la conducta de Ernesto Sábato. Quizá alguna vez haya podido equivocarse: pero muchísimo menos que otros y jamás sin desgarramiento. Y en cuanto a su resistencia a la opresión, Sábato, como lo estamos viendo, no ha silenciado nunca la opresión que se sufre fuera de las fronteras de su patria, aunque ésta se haya enmascarado tras conceptos sagrados, pero tampoco silenció jamás la opresión, la falsedad, la demencia, la crueldad, la violencia y la infamia que se hayan producido en su propio país. Transcribiré a continuación algunas de sus opiniones, publicadas en la etapa de la dictadura militar que desde hace años aplasta la vida ciudadana argentina. Le ruego a mi lector que considere el valor de cada palabra de Sábato pronunciada en pleno centro de la situación. Si ese lector es español, ni siquiera necesitará ayudarse de la imaginación: le bastará con la memoria. Todos nosotros aprendimos un código para medir el valor (*valor* en un doble sentido: el de la coherencia moral y el de la valentía) de las palabras que se escriben desde el mismo epicentro de la amenaza y de la represión. Pido al lector, repito, que al leer las palabras que siguen no olvide que están pronunciadas por alguien que después de escribirlas y hacerlas públicas continuaba en su casa, dispuesto a que esas palabras pudieran costarle la vida. En el ensayo citado más atrás, *Nuestro tiempo del desprecio*, publicado, como ya dije, en 1976 y en Argentina, leemos: «Con el país al borde del abismo, mientras se esperaban fundamentales acciones de limpieza y autocrítica, no se ofrecía otra cosa que componendas y emparchamientos, kafkianos cabildeos entre adulones y usufructuadores, incoherencia política y económica, crímenes cotidianos e impunidad de sus autores, descarada exhibición de rastacueros enriquecidos en sus funciones públicas, y una arrogante suficiencia de esa pobre mujer que llegamos a detentar como presidente de la República. Entre tanto, la industria enfrentaba la bancarrota, el país no podía pagar sus deudas, los precios

[13] Albert Camus: *Discurso de Suecia*. Pronunciado con motivo de la concesión del Premio Nobel el 10 de diciembre de 1957. En *Obras Completas*, vol. II, Editorial Aguilar, Madrid, 1973, pp. 1370-71.

aumentaban por horas y la irresponsabilidad de arriba se reproducía, como en un monstruoso espejo, en la irresponsabilidad de abajo, prostituido como estaba por la demagogia. Y así, mientras abajo nadie cumplía con sus obligaciones, en la cima proseguía la alucinante danza de ministros, como en una trágica opereta. Todos sentimos entonces la necesidad de algún providencial recurso que nos rescatase, pero muchos pensamos que corríamos el riesgo de una temible tentación: la de un orden basado en el terror, y así lo escribí en la revista *Extra* pocas semanas antes del golpe. Debía restaurarse la democracia, había que recogerla de aquel vaciadero de basura en que se arrastraba como una ramera de puerto, pero era necesario evitar un terrorismo de extrema derecha como respuesta al de los grupos inversos.» Del mismo ensayo: «Aquí es calificado de comunista cualquiera que denuncie el nazismo (aunque al mismo tiempo denuncie, como yo, el totalitarismo soviético), cualquiera que preconice la justicia social o que defienda la libertad de los pueblos esclavizados. Todos ellos son enemigos de la patria y del hogar, instrumentos del demonio, crípticos colaboradores de la guerrilla, ideólogos de la destrucción.» Del mismo ensayo: «Sin embargo, es aún más escandaloso lo que sucede con ciertos cristianos, que en nombre de Dios olvidan las enseñanzas evangélicas, en nombre de la patria abominan de los fundamentos sobre los que se construyó, y en nombre del hogar colaboran en la destrucción física de tantas familias (...) Me pregunto qué clase de cristianos son éstos que añoran los campos hitleristas y sueñan con instaurarlos en nuestra patria.» En «Libertad y democracia», un discurso pronunciado en el Colegio de Abogados de Morón, Buenos Aires, en 1981, leemos: «El terrorismo cometió crímenes abominables, incluyendo los perpetrados por la Triple A, que jamás fueron castigados. Pero aun en medio de una lucha de excepción —y sobre todo si lo es, pues todos los hombres somos proclives a las atrocidades en los momentos de guerra— ningún grupo, ninguna banda puede pretender el derecho a secuestrar, condenar y matar a nadie. De los miles de desaparecidos, muchos fueron culpables de viles atentados, pero aun ellos tenían el derecho a la defensa en juicio. ¿Y el resto? Los que fueron arrancados de sus hogares por meras sospechas, por vínculos familiares o amistosos con los terroristas, o como consecuencia de esas delaciones que en épocas de persecución y de caza de brujas se prestan a las venganzas más abominables y perversas, ¿cómo sabremos ya quiénes desaparecieron por culpas reales y quiénes por culpas imaginarias? Y en cuanto a las madres y padres inocentes, aun en el caso de haber tenido el infortunio de un hijo crimi-